

se los lazos que la cobijan los arroyos y se des-  
 enajenan de pretensiones indias y pesadas,  
 sin duda podrian vivir en indias vida muy  
 desahogada y agradable, porque lo que los  
 otros noles castigan de las Campes Eñenas y  
 de la famosa Tempa, y la que Platan ó coen-  
 ta ó hoga de aquella en isla Añáñida, cierto  
 lo hallarian los hombres en tales tierras, etc.  
 Lo mismo que Acosta, dicen de la América  
 otros historiadores, y particularmente de Mé-  
 xico y de las provincias circunvecinas, cuyos  
 países meridionales, está desde el istmo de  
 Panamá hasta el grado ochavagésimo de la-  
 titud (que los que están más allá de aquel  
 grado no están tan descubiertos), por ser  
 de un aire dulce y de un clima favorable á  
 la vida, á excepción de pocos lugares los que  
 se ó por su elevacion son calientes y húme-  
 dos ó por su gran elevacion son de un cli-  
 ma apuro; pero en general no hay en el mun-  
 do de ninguno mejor y mejor.

## § III.

SOBRE LA CUALIDAD DE LA TIERRA DEL  
 REINO DE MÉXICO.

“Ello es cierto, dice Paw, que la América  
 en general ha sido y aun es en el día un país  
 muy estéril;” pero ello es mas cierto que és-  
 ta en general es una gran falsedad, y si el  
 señor de Paw quiere asegurarse, puede in-  
 formarse de muchos tudescos venidos recién-  
 temente de la América, en donde se han man-  
 tenido algunos años, los cuales actualmente  
 se hallan en la Austria, en la Bohemia, en el  
 Palatinado de Reno y aun en la misma Pru-  
 sia, ó vuelva á leer la “escelente obra” del  
 padre Acosta, y en ella encontrará en el lib.

2, cap. 14, que si alguna tierra hay en el mundo á quien convenga el nombre de paraíso, es la de la América. Esto dice un europeo docto, juicioso é imparcial y nacido en España, uno de los mejores países de Europa, y hablando en el lib. 3, de los países del imperio mexicano, dice "que la Nueva España es el mejor país de todos cuantos circunda el sol." No hablaría así ciertamente el padre Acosta de la América en general y de la Nueva España en particular, bajo cuyo nombre comprende á todo el continente de la América setentrional española, si la América fuese en lo general un país estéril. No hablan de otro modo de la América, y principalmente del reino de México, muchísimos otros europeos, cuyos testimonios omito por no causar molestia á los lectores (1). Por el

1 Tomás Gages, oráculo de los ingleses y de los franceses, en lo que respecta á la América, hablando del reino de México, dice así: "Nada falta á México de todo lo que puede hacer feliz á una ciudad; y si estos escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España y de Lombardía y de Toscana en Italia, de las que hacen ellos paraísos terrestres, hubieran visto

mismo motivo, omitiremos tambien lo que escribe Paw contra otros países del Nuevo-Mundo, porque seria imposible examinar las razones que alega contra cada uno de ellos sin hacer un gran volúmen, y nos contentaremos con lo que pertenece á la tierra del reino de México.

Buffon y Paw, están persuadidos que todo el terreno de la América se reduce á montes inaccesibles, á bosques impenetrables y á llanuras anegadas y pantanosas. Leyeron estos filósofos en las descripciones de la América, que los famosos Andes ó Alpes americanos formaban dos larguísimas cadenas de montañas altísimas y cubiertas en gran parte de nieve; que el vasto desierto de las Amazonas se compone de espesos bosques, que Huayaquil y algun otro lugar es húmedo y pantanoso, y esto les bastó para decir que la América no es otra cosa que montes, bosques

este Nuevo Mundo y la ciudad de Mexico, se desdieran inmediatamente de todo lo que han dicho en favor de otros lugares." Part. 1, cap. 22. Así habla del reino de México este autor, que no supo hablar bien de nadie.

y pantanos. Leyó Paw, en la Historia de Gumilla lo que dice este autor sobre el modo que tenían los indios del Orinoco, de preparar aquel terrible veneno de sus flechas, y en la Historia de Herrera ó de otros autores, que los caníbales y otras naciones bárbaras usaban de flechas envenenadas, y esto le bastó para afirmar que "el nueve continente produce mayor número de yerbas venenosas que el resto del mundo." Leyó, que en las tierras muy calientes no nace el trigo ni tampoco la fruta de la Europa, y esto le bastó para decir que "los duraznos y albercoques solamente han fructificado en la isla de Juan Hernandez (1), y que el trigo y cebada no se

1 Para que se vea cuánto se ha separado de la verdad Paw, es necesario saber que en la miserable isla de Juan Hernandez, en donde él dice que se dan tan bien los duraznos, se dan muy pocos y malos, como lo he oído del abate don José García, valenciano, el cual estuvo allí seis meses y se halló en la estación de la fruta. Por el contrario, en casi todos los países templados y frios de la América española en donde él cree que no fructifican los duraznos, se dan muy bien, y en muchos países, como en los del reino de Chile y algunos de la Nueva España, mucho mejor que en Europa.

han dado sino en algunas provincias del Setentrion." Tal es la lógica que usa Paw en toda su obra, como varias veces lo haremos ver en estas disertaciones.

Pero nada es cierto con respecto al reino de México de todo lo que dice contra la tierra de la América. Hay ciertamente en dicho reino montañas altísimas y enteramente cubiertas de nieve; hay grandes bosques y tambien algunos lugares pantanosos; pero es sin comparacion mas grande el terreno fértil y cultivado, como es manifiesto á todos los que han estado en aquellos países. En todo aquel inmenso espacio de tierra en donde actualmente se siembra el trigo, cebada, maíz y otras especies de semillas y legumbres de que abunda infinitamente aquel reino, se sembraba antes maíz, chile, frijol, cacao, chia, algodón y otras semejantes plantas, que servian al sustento, al vestido y á las delicias de aquellos pueblos, los cuales, siendo tan numerosos como hemos asentado en la Historia y demostraremos en otra parte, no hubiera podido jamas la tierra proveer á sus necesidades, si no hubiese sido mas que mon-

tes, bosques y pantanos. El Buffon, que en su tomo I dice que "la América no es mas que un continuado pantano," y en tomo V afirma que "las montañas inaccesibles de la América apenas dejan pequeños espacios á la agricultura y á la habitacion de los hombres," en el mismo tomo V confiesa que "los pueblos del reino de México y del Perú eran muy numerosos." Pero si estos pueblos, los cuales ocupaban una grandísima parte de la América, eran muy numerosos y vivian como él dice en sociedad y bajo la direccion de las leyes, no es ciertamente la América un continuado pantano; si estos pueblos tan numerosos se sustentaban, como es cierto, de las semillas y frutos que cultivaban, no son pequeños los espacios que las montañas inaccesibles dejan á la agricultura y á la habitacion de los hombres.

La multitud, variedad y bondad de las plantas del reino de México, no dejan ninguna duda de la prodigiosa fertilidad de aquellas tierras. "En los pastos, dice el padre Acosta, es excelente la Nueva-España, y por esta razon se eria allí una multitud innume-

rable de caballos, vacas, ovejas y otros animales. Es tambien muy abundante así de fruta como de toda suerte de semillas." En efecto, no hay semilla, legumbre, hortaliza ó fruta que no se dé bien en aquella tierra feliz. El trigo, el cual apenas concede Paw á algunas provincias del Setentrion de la América, no se dá por lo comun en las tierras muy calientes de la Nueva-España, como tampoco en la mayor parte de la Africa y en otros muchos países del antiguo continente; pero en las tierras frias y templadas de aquel reino se dá excelente y mucho mas abundante que en Europa. Basta decir que el que se cosecha en la diócesis de Puebla es tanto, que del que sobraba despues de que estaban proveidos todos sus innumerables habitantes, se proveia á las islas Antillas y á la flota de navíos que habia antes en la Habana con el nombre de "Armada de Barlovento." En Europa no hay mas que una siembra y una cosecha; en la Nueva-España hay varias. "En las tierras, dice Torquemada, autor europeo que estuvo muchos años en aquel reino y viajó por todo él, "en las tierras en don-

de se ejereita la labranza del trigo, se ve en todo el tiempo del año un trigo que lo están segando, y otro que va madurando, y otro mas verde, y otro que acaba de nacer, y otro que van sembrando; y ahora que es por el mes de Noviembre, se verifica esta verdad en el trigo que se está segando de temporal y el que va creciendo de riego (1) en el valle de Atlixco y otras partes, y otro que se va sembrando; cosa que podria causar admiracion viendo tanta fertilidad de tierra (2).” El mismo autor hace mencion de algunas tierras que rendian, ya sesenta, ya ochenta, ya ciento por uno, y en nuestros dias se ha visto una multiplicacion tan grande de trigo,

1 El trigo llamado de riego se siembra en Octubre, Noviembre ó Diciembre y se cosecha en Marzo ó Junio. El temporal se siembra en Junio y se corta en Octubre, y el trigo aventurero se siembra en Noviembre y se cosecha ó mas temprano ó mas tarde.

2 Torquemada, libro 1 de la *Monarquía Indiana*, cap. 4. Véase tambien lo que dice este autor de la variedad y abundancia de frutos que hay allí en todas las estaciones, y á Herrera en varios lugares de su Historia.

en algunos campos de aquellos países (1), la cual, hablando en lo general, es ciertamente mas grande que la de la Europa con mucho menor cultivo, como es notorio á los europeos inteligentes en la agricultura que han estado en aquella parte de la América. Lo que decimos del trigo, podemos tambien decirlo de la cebada, bien que esta no se siembra sino á proporcion del consumo que se hace en el sustento de los caballos, de las mulas de caballeriza y de los puercos. Mucho mas po-

1 Yo he estado en un país en el cual solia dar la tierra cincuenta por uno, y he sabido de otro que daba algunas veces hasta ciento. En la Sinaloa, sin embargo de ser país bien caliente, suelen dar las tierras doscientos por uno, segun me ha informado una persona respetable y muy digna de fé que estuvo allí algunos años. Mi erudito amigo el abate D. Juan Ignacio Molina, dice en la Historia compendiosa del reino de Chile, que pocos años hace se imprimió en Bolonia, que en aquellos países suele dar el trigo ciento y cincuenta por uno. Es tanta la abundancia de esta semilla, que se vende la fanega á cinco paulis, y cada año van al Perú cerca de treinta navíos cargados de ella, y aun sobra.

dria decirse del maíz, como que es la semilla mas propia de la América.

Paw pretende que todas las plantas de la Europa han bastardeado en la América, á escepcion de las acuáticas y jugosas, y para probar semejante despropósito, dice: "que los albérchigos y los albercoques solamente han fructificado en la isla de Juan Hernandez." Aunque le concediésemos que en ningun país de la América se dan aquellas frutas, nada le favoreceria para convencer lo que quiere; pero tan falsa es esta proposicion particular como aquella universal. El padre Acosta, hablando de tales frutas en particular, dice así. "Se dan bien en la América los albérchigos, los melocotones y los albercoques, aunque mas en la Nueva España." En toda esta, á escepcion de las tierras muy calientes, han prosperado muy bien aquellas frutas y todas las demas trasplantadas de la Europa, y se dan en mucha abundancia, como saben todos los europeos que han estado en aquellos países. "Finalmente, dice Acosta hablando de la América en general, casi todo lo bueno que se produce en España, lo hay allí

en parte mejor y en parte no; trigo, cebada, ensaladas, hortalizas, legumbres, etc." Si él hubiese hablado solamente de la Nueva España, hubiera omitido el casi.

"Hay allí tambien otra ventaja, dice Acosta, esto es, que en América se dan mejor las cosas de Europa que en Europa las de América." ¡Y parecerá pequeña semejante ventaja á Paw! Esto solo bastaria para demostrar que si hay algun exceso, este está por parte de la América. En la Nueva España se dan muy bien, como testifican muchos autores europeos y saben todos los que han estado allá, el trigo, la cebada, el arroz y todas las otras semillas de la Europa; los garbanzos, las arvejas, las habas y todas las otras legumbres; las lechugas, las coles, los nabos, los espárragos y otras ensaladas y raíces, y toda suerte de hortaliza; los albérchigos, las manzanas, las peras, los melocotones y las otras frutas; los claveles, las rosas, las violetas, los jazmines, la alhahaca, la yerba-buena, la mejorana, el toronjil y otras flores y plantas olorosas trasplantadas de la Europa; pero en esta no prenden lo comun ni pueden

prender las plantas americanas. El maíz se da en las tierras de Europa, pero mas pequeño y mucho menos bueno que el de la América. De las muchas deliciosas frutas del Nuevo-Mundo, algunas como el plátano y las ananas han progresado en los jardines de los príncipes de la Europa á beneficio de las estufas y de un gran euidado y diligencia; pero ni tan bien sazonadas, ni en aquella abundancia que en su propio país; otras, pues, mas apreciables que aquellas, como la chirimoya, el mamey y el chico zapote, no sé que hayan podido hasta ahora prender, á pesar de la industria europea. La causa de esta gran diferencia entre la América y la Europa, es la que asienta el referido Acosta, esto es, "porque en América hay mayor variedad de temperamentos que en Europa, y así es mas fácil dar á cada planta aquel temperamento que le conviene." Pues así como no es argumento de la esterilidad de la Europa que en ella no prendan las plantas propias de la América, así tampoco es argumento de la esterilidad de algunos países de la América, que en ellos no prendan algunas plantas de

la Europa, porque *non omnis fert omnia tellus. Hic segetes, ibi proveniunt felicius uvae;* antes bien aquellos países calientes, en los cuales no se da el trigo ni prosperan las frutas europeas, son, por otra parte, los mas amenos y les mas secundos, como saben bien los hombres prácticos de aquellos países.

Yo por otra parte no dudo que si se quiere hacer el cotejo de la América con todo el antiguo continente, se hallarán casi iguales en sus producciones; porque en la Asia y en la Africa hay tierras y climas proporcionados á todas las plantas de la América, las cuales por la diversidad del clima no pueden prosperar en Europa. ¿Pero qué utilidad podrá jamas traer á los señores europeos la abundancia de la Asia á tan grande distancia? Por el contrario, los mexicanos rodeados de países de toda suerte de climas, gozan de todas sus diferentes frutas. La plaza de México [como las de muchísimas otras ciudades de América] es el centro de todos los dones de la naturaleza. Allí se encuentran las manzanas, los albróchigos, los albercoques,

las peras, las uvas, las guindas, las cerezas, los camotes, las jícamas, las nueces y otras innumerables frutas, raíces y yerbas sabrosas que producen las tierras frias y templadas; las ananas, los plátanos, los cocos, las anonas, las chirimoyas, los mameyes, los chico zapotes, los zapotes negros y otros muchísimos que dan las tierras calientes; los melones, los pepinos, los membrillos, las granadas, los aguacates, los zapotes blancos y otras que se dan indiferentemente an los países calientes y en los frios. En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente proveido de varias escelentes frutas, aun en aquel tiempo en que los europeos se la pasan con sus castañas, ó cuando mas con las manzanas y uvas que su industria conserva. Todo el año, aun en el rigor del invierno, entran en aquella plaza por uno de los innumerables canales, canoas cargadas de tanta variedad de frutas, flores y hortaliza, que parece que á un tiempo se han venido todas las estaciones del año, concurriendo en aquel lugar las plantas mas apreciables de la Europa con los vegetales propios de aquel

país, lo que pueden testificar todos los europeos que han tenido el placer de verlo.

No es menor la abundancia de aquella tierra en plantas medicinales. Basta para esto ver la obra del célebre naturalista Hernandez, en la cual se describen y se dibujan mas de novecientas plantas (producidas la mayor parte en las inmediaciones de México) cuya virtud ha sido conocida por la experiencia, á mas de otras trescientas cuyo uso no se espone, y no hay duda que faltan muchísimas é innumerables. Paw, por el contrario, dice que la América produce mayor número de plantas venenosas que todo el resto del mundo. ¡Pero qué sabe él de las plantas que nacen en los países mediterráneos de la Africa y de la Asia para poder hacer semejante comparacion? Siendo tan grande la fertilidad del suelo americano, ¡cómo no seria de admirar que de todo hubiese allí abundancia! Mas á decir la verdad, yo no sé que hasta ahora se haya descubierto en la Nueva España ni aun la vigésima parte de las plantas venenosas nacidas en el antiguo continente, de las cuales hacen frecuente mencion en

*Manuel Rubio*

VISITA A FORSINA

sus libros los naturalistas y los médicos europeos.

En cuanto á las gomas, resinas, aceites y otros jugos que despiden los árboles, ó espontáneamente ayudados de la industria humana, es excelente, al decir de Aesta, la Nueva-España. En efecto, hay bosques enteros de acacia que da la verdadera goma arábica, la cual por su abundancia no es allí estimada. Hay á mas, bálsamo, incienso de copal de muchas especies por su suavísimo olor ó por su virtud medicinal.

Aun los mismos bosques de que está cubierta la tierra de la América, según afirman Buffon y Paw, demuestran su fecundidad. Ha habido, pues, siempre, y aun hay en aquellas vastísimas regiones grandes bosques; pero no son tantos que no se puede hacer un viaje de quinientas y seiscientas millas sin encontrar ni uno. ¡Y qué bosques! por lo común, ó de árboles frutales, como plátanos, mameyes, chico-zapotes, manzanos, naranjos, limones, cuales son los de Coatzacoalco, de la Mixteca y de Michoacan, ó de árboles apreciables por su madera ó por sus resinas,

como son aquellos que separan el valle mexicano de la diócesis de Puebla, y los de Chiapa de los zapotecas, etc. A mas de los pinos, los robles, fresnos, nogales, acebos y otros muchísimos, comunes á ambos continentes, hay en mucho mayor número los árboles propios de aquella tierra y mas apreciables. De cedro hay, como hemos dicho en otra parte, bosques enteros. El conquistador Cortés, fué acusado por sus émulos ante el emperador Carlos V, de haber puesto en el palacio que se mandó hacer en México, siete mil vigas de cedro, y él se escusó diciendo que esta era una madera comun en aquel país. En efecto, tan comun es, que de esta preciosa madera se hacen las estacadas para los cimientos de las casas en el suelo fangoso de la capital. Del famoso, y con razon celebrado ébano, hay igualmente bosques en Chiapa, Yucatan y Cozumel, del brasil en las tierras calientes, y de la olorosa madera aloé en la Mixteca. El tapineeran, el granadillo ó ébano rojo, el camote y los otros que hemos mencionado en la Historia, proveen de maderas mucho mejores que las que

se usan en Europa. Finalmente, por no detenerme en una larga y molesta enumeracion, me remito al padre Acosta, al doctor Hernandez, á Jimenez y otros autores europeos que han estado en la Nueva-España, aunque todo lo que ellos dicen no basta á dar una idea completa de la fertilidad de aquella tierra. El padre Acosta afirma "que así en cuanto al número como en cuanto á la variedad de árboles producidos por la misma naturaleza, hay mayor abundancia en la América que en la Asia, en la Africa y en Europa (1).

Hé aquí un nuevo argumento oportuno para convencer las ventajas de la tierra de América sobre la de Europa. La naturaleza y calidad de un terreno se da á conocer mejor por las plantas que él produce por sí mismo, sin el auxilio del arte. Cotejemos, pues, las producciones propias de la Europa no con las de toda la América, sino solamente con las de la Nueva España. "La causa, dice Montesquieu (1), de haber tantos salvajes en Amé-

1 Acosta, lib. 4, cap. 30.

2 Montesquieu, l'Esprit des Loix, lib. 18, cap. 9.

rica, es que la tierra produce por sí misma muchos frutos de que pueden alimentarse.... Yo creo que estas ventajas no se podrian tener en la Europa si la tierra se dejara sin cultivo; no produciria mas que selvas de encinos y de otros árboles inútiles." "Examinando, dice Paw, la historia y el origen de nuestras legumbres, de nuestras hortalizas, de nuestros árboles frutales y aun de nuestros granos, se conoce que todos son extranjeros y que de otro clima se han trasladado al nuestro. Puede entenderse fácilmente cuán grande habrá sido la miseria de los antiguos galos, y aun la de los germanos, en cuya tierra no se producía, ni aun en tiempo de Tácito, ni un árbol frutal." Si la Germania debiera restituir los vegetales extranjeros que no pertenecen originalmente á su terreno ó clima, casi nada le quedaria, ni conservaria mas entre sus semillas, que sirven para el sustento, sino la adormidera silvestre (1)..... Lo que Paw confiesa abiertamente de las Galias y de la Germania, podria tambien decirse de los otros países de la Europa, y aun de la

1 Recherch, philosoph., part. I.

Grecia y de la Italia, á las cuales proveyeron otros países. Si la Italia estuviese obligada á restituir todos aquellos frutos que no pertenecen originalmente á su terreno, ¿qué le quedaria á escepcion de sus bellotas? Aquellos nombres *Malum Sidonium*, *Malum Armeniacum*, *Malum Persicum*, *Malum Medicum*, *Malum Assyrium*, *Malum Pernicum*, *Nux Pontica*, etc., sirven para recordarle que tales frutas le han venido de la Asia y de la Africa. “Se sabe, dice Busching [1], que las mas hermosas y mejores frutas de árboles pasaron de la Italia á aquellos países en donde al presente se producen. La Italia las recibió de la Grecia, de la Asia y de la Africa. La manzana le vino de la Soria, de Egipto, de la Grecia, etc., el albercoque de Epiro, la pera de Alejandría, de Soria, de Numidia y de Grecia, el limon y la naranja, de Media, de Asiria y de Persia, el higo de Asia, la granada de Cartago, la castaña de Castania, en la Magnesia, provincia de Macedonia, la cereza de Ceresunte, del Ponto, la almendra de la Asia y la Grecia, y de allí á Italia; la

1 Busching, Geograf, tom. 1.

nuez de la Persia, la avellana del Ponto, la aceituna de Chipre, la ciruela de Armenia y de Soria, el albérchigo de Persia, el melocoton de Sidonia en Candia, á la Grecia, y de allí á la Italia.”

Plinio dice que los hombres al principio no se sustentaban mas que de bellotas (1). Esto, aunque sea falso con relacion al comun de los hombres, parece ser cierto respecto á los primeros pobladores de la Italia; al menos tal era la opinion de los antiguos, como aparece de sus escritos. Plinio añade que aun en su tiempo muchos pueblos por falta de granos se estiman ricos á proporcion de la cantidad de bellotas que tenian, de cuya harina hacian pan, como en el dia lo hacen en la Noruega de corteza de pino, y en otros países setentrionales de Europa de huesos de pescados, lo que es sin duda la miseria mas grande. Bomare protesta que todas las bellezas de los jardines europeos son extranjeras (2) y que las flores mas hermosas que tienen han

1 Plin., Hist. nat., lib. 2, cap. 56.

2 Bomare *Diction. univ. V. Historie natur. V. Plante.*

venido de Levante. (1) El mismo Paw hace una confesion mas general de la antigua miseria de los europeos, en donde afirma que las plantas útiles que tienen al presente, pasaron de la Asia meridional á Egipto, de Egipto á la Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á las Galias, y de las Galias á la Germania (2), y así el terreno de Europa, en cuanto á sus propias y originales producciones, es de los mas pobres y estériles del mundo. Por el contrario, ¿cuán feraz y abundante no es el suelo americano, y principalmente el de México, de plantas propias y útiles al sustento, al vestido y á los otros usos de la vida? Véanse las obras de los autores europeos que han escrito la historia natural de aquel Nuevo Mundo.

Hé aquí, pues, la respuesta que podrian dar los americanos á aquel ridículo cotejo que hace el cronista Herrera en su primera década, del cual hemos hecho mencion al principio de esta disertacion. "En América,

1 Id., Fleurs.

2 Recherches philosophiques, cart. 1.

dice, no habia como en Europa, limones, ni naranjas, ni granadas, ni higos, ni melocotones, ni melones, ni uvas, ni aceitunas, ni azúcar, ni arroz, ni trigo." Dirán, pues, los americanos: 1º, que ni tampoco en Europa habia tales frutos hasta que no fueron trasplantados á ella de la Asia y de la Africa; 2º, que en el dia los hay en América como en Europa, y por lo comun son allá mejores y en mayor abundancia, y principalmente las naranjas, los limones, los melones y las cañas de azúcar; 3º, que si la América no tenia trigo, tampoco la Europa tenia raíz, el cual no es menos útil ni menos sano: si la América no tenia granadas, limones, etc., á lo menos en el dia los tiene; pero la Europa no ha tenido, ni tiene, ni puede tener chirimoyas, aguacates, plátanos, chicos-zapotes, etc.

Finalmente, Buffon, Paw y otros filósofos é historiadores europeos que tanto han ponderado la esterilidad, los bosques, los pantanos y los desiertos de la América, se acuerden por gracia que los miserables países de la Laponia, de la Noruega, de la Islandia, de la Nueva Cembra, de Spitzverge y los vastos

y horrosos desiertos de la Siberia, de la Tartaria, de la Arabia, de la Africa y otros, son ciertamente países del antiguo continente y hacen á lo menos una cuarta parte de su estension. ¿Pero qué países? véase la descripción que hacen de ellos los mismos europeos. Véase á lo menos la elocuente descripción que hace Buffon de los desiertos de la Arabia.

“Un país, dice, sin verdor y sin aguas, un sol siempre abrasador, un cielo siempre seco, llanuras arenosas, todavía mas áridas, sobre las cuales se estiende cuanto puede la vista sin encontrar un objeto viviente; una tierra, por decirlo así, muerta y descortezada por los vientos, la cual no presenta mas que osamentas, piedras esparcidas y peñas levantadas ó volcadas; un desierto enteramente descubierto, en el cual el caminante no respira jamas bajo de sombra; en donde nada le hace compañía y nada hay allí que le recuerde á la naturaleza viva; soledad absoluta mucho mas espantosa que la de los bosques, pues á lo menos los árboles son criaturas vivientes que proporcionan algun alivio al hombre, el

cual se halla solo, aislado, mas desnudo y mas desmayado en estos lugares vacíos y sin término. Todo el terreno que se le presenta lo ve como su sepulcro; la luz del dia, mas melancólica que las sombras de la noche, no renace sino para hacerle ver su desnudez y su impotencia, y para ponerle delante de los ojos su horrenda situacion, alejando de su vista los límites del vacío y ampliando al derredor de él el abismo de la inmensidad que lo separa de la tierra habitada; inmensidad tan grande, que inútilmente pretenderia pasar, porque el hambre, la sed y el calor abrasador le acortan aquellos momentos que le restan entre la desesperacion y la muerte (1).”

1 Buffon, Historia natural, tomo 22.